

MODAS Y MODOS FEMENINOS



LA EMINENTE ACTRIZ ROSARIO PINO



MANUELA, PILAR Y MARIA DESPUJOL, HIJAS DE LOS MARQUES DE PALMEROLA



MARIA JOSEFA SAMA, HIJA DEL MARQUES DE MARIANAO

NADA hay en la vida que vaya más unido a los modos de vivir de las gentes que las modas, tiranas irreflexivas, y sus accesorios. Si no revoluciones, si ha conseguido cambios trascendentales, de contenido ideológico, que dieron al traste con lo existente, viejo y caduco, deslucido y mohoso, como un antiguo sombrero de plumas, flores y pájaros empingorotados.

Alborea en España el llamado siglo de la esperanza, con un país entristecido al que rige y da lustre la Reina Regente, doña María Cristina, que impone en la corte un aire de sencilla elegancia, patrimonio de los Habsburgo, reflejada, frente al barroquismo isabelino, en la sencillez de aquella noble señora que revistaba a caballo a las tropas vestida con su enlutado atavío de amazona, sin más adorno que la gasa negra en torno al sombrero de copa. Símbolo de un momento de historia.

Parece que el individualismo ha comenzado su agonía y que a la vera de ella se alza un futuro predominio de las masas. Ha muerto el teatro romántico de Echegaray y ha nacido el moderno de Benavente. Tras don Benito, doña Emilia, Clarín y Valera asoma Baroja. Sobre los cascotes de Núñez de Arce, Balart y Grilo, se alzan Machado y Rubén Darío. Teatro nuevo, poesía nueva, novela nueva, y... moda nueva.

Se recibe en las grandes casas y en las casas grandes de Madrid, y los salones particulares y los teatros son los únicos lugares gratos de reunión. En el verano será San Sebastián una prolongación de la corte y las clases altas se desplazan a sus playas, se acercan a las fronteras, viajan por el extranjero, y en los lugares de reunión de la élite universal de la sangre y del dinero, los nombres españoles suenan ya habitualmente. El Real era todavía el centro de la vida social, a modo de inmensa tertulia donde todos se conocían. Los bailes — otro centro de donde se veía la moda —, se iniciaban con el majestuoso rigodón y la juventud se entregaba al vals, tan ligero y flotante como sus cabezas y corazones.

Al lado de este boato existe en Madrid, remedando la vida de las clases altas, una serie incalculable de familias, copiándolas en el vestido, en las reuniones, viajes, que sin medios para ello forman la esencia de la cursilería

social. Eran las señoritas que se imponían sacrificios para lucir lazos y encajes absurdos y pescar un novio; las que asisten a las tertulias de cachupín y a los bailes organizados sin elementos suficientes. Son las señoritas de Cañn, la viuda de Chaparro, o las aventuras del pollo Pellejín, caricaturas de la burguesía madrileña que quería disfrazarse de hartura; el terrible quiero y no puedo que escondía su hambre material y de espíritu bajo apariencias ridículas; ridículas para quien las examina desde el punto de vista estético; dignas de gran compasión para el moralista.

¿Qué moda prepondera en este ambiente? Rígida y ajustada, como los dirigentes. Tan ajustada que hace recordar aquella frase de la condesa Larisch al hablar de su vestido de novia: «Era tan estrecho que no me atrevía a comer». La reina madre da la pauta con los que suele lucir en las capillas públicas, como aquel de color malva claro y encajes de Alençon, corona de brillantes señoreada por un airón de plumas blancas en la cabeza, fastuosa cascada de perlas sobre el pecho y los impertinentes fijos ante los ojos. A su lado, la infanta Isabel, de verde nilo y doña María Teresa, con manto de corte rosa sobre vestido blanco.

Llega el nuevo siglo con una desmesurada pasión hacia el *modern style*. Los vestidos, aunque dan un aire muy femenino, adornados con exceso de pasamanerías, bordados, cenefas, encajes y lazos, formaban un conjunto muy abigarrado. El mismo que en política existe con los oradores ampulosos y los barajadores de conceptos sin consistencia, como un encaje de Valenciennes. El talle es largo y apretado, terminando en pico, el escote cuadrado. Como la moda se preocupaba de la esbeltez, el nuevo corsé «sin vientre» hubo de llenar la misión de oprimir

el cuerpo y las caderas como mejor pudiese, de igual manera que los impuestos y cortapisas legales oprimían al ciudadano. Más que las doctrinas marxistas revolucionó esta prenda que contribuyó, como buen arbitrista, a retocar todas las redondeces, exuberancias y blanduras.

Como joyas las más suntuosas y las más absurdas. Recuerdo cierto toro de oro y brillantes que llevaba una dama colgado del cuello. A la salida del Real le preguntó cierto marido complaciente si aquello era un retrato de familia, y ella, guasona y madrileña, le contestó que no, que era un espejo.

El conjunto de realidades que ofrece la vida cotidiana en todos sus aspectos, va cambiando y transformándose. Las clases afectadas por la transformación son todas, aunque menos las altas y las populares. En estas últimas la mujer va recibiendo una preparación para la vida equivalente a la del hombre y la desigualdad de su condición jurídica le crea obstáculos insuperables. Es la burguesa, quien forzada a salir del ámbito del hogar, donde había logrado establecer su pacífico reinado, habrá de conquistar lentamente su puesto decoroso en el medio donde va a desarrollarse su existencia.

La moda cambia. Una gran transformación tiene lugar al evolucionar ésta desde los vestidos amplios a los ce-

ñidos. Inspirábanse los modistos en los estilos del Primer Imperio y Directorio, preocupándose de la línea. Volvía a adivinarse la forma del cuerpo, la cintura se eleva y se le da sencillez al vestido. Es el estilo «Princesa». Este mismo año, y como si fuera un privilegio cercenado por la ascendente democracia, se segrega la cola de la falda. En París se consideró como una revolución tan importante como el asalto a la Bastilla aquella noche en que Mlle. Duluc, del teatro del Ateneo, salió a escena con un traje de sociedad ajustado y sin cola. ¿Qué iba a ser de las pobrecitas elegantes?... Ha nacido ya la nueva moda y como todo en la vida, irá en aumento desafortadamente.

En 1910 los vestidos son tan ajustados que no puede concebirse cómo es posible que caminen las mujeres. Los trajes de calle dejan al descubierto el pie; los de sociedad son tan largos que tocan el suelo. La moda, como los malos políticos, para querer salir de la exagerada angostura de su estrechez, no encontró más recurso que vestir aparte cada pierna y se llegó a la falda pantalón, que debiera haber sido el ideal de las mujeres sufragistas en aras de su emancipación. Drecol y Bechoff David exhibieron por vez primera en las carreras de caballos varios modelos de esta clase rechazados unánimemente.

Aun no se perciben en el horizonte político los nubarrones de la guerra, pero las dificultades se envuelven de manera suave y grata. Del mismo modo surge la tendencia en la moda de envolver la figura con telas drapeadas, y con-



PIEL EN EL CUELLO, LOS TOBILLOS, EL MANGUITO...

tinúan usándose los encajes, los colgantes de azabache, las telas brochadas y los pesados rasos y crespones. Comparada con la moda pasada se la ve falta de fantasía y de inventiva. Así también la vida.

En 1912, al igual que la moral y las costumbres, comienza a ensancharse la falda desde la cintura hasta las rodillas, y desde ahí vuelve a estrecharse para alcanzar su vuelo sobre los tobillos. El horizonte también está *entravé*, como las faldas, y la gente no lo ve y se divierte y goza. A la pregunta que se le hace a un duque muy célebre, sobre la necesidad de entrar en el giro nuevo

de la vida con sus empresas, negocios, etc., contestó altivamente: «*To be a duke; that is my trade.*»

En 1913 y 1914 la falda deja enteramente al pie al descubierto. Son vísperas de guerra y hay que marchar de prisa. Lánzase la moda *entravé*, que a pesar de resultar incómoda, como dice Manuel Rocamora, y molesta para andar, tuvo su éxito. Se aconsejaban como tonos los blancos yeso, azul porcelana, cereza, verde hoja y campanilla. Por aquel entonces los trajes de baño entraron en uso en el campo de la moda, perdiendo su anterior simplicidad de falsilla humana o de zebra *potelé*. Y como los duelos con pan son menos, la música vino con el tango a crearnos la moda de este color, anaranjado y lánguido como los pasos del baile.

Surge la guerra y la moda sigue porque la moda es vital y, como la vida, no puede detenerse. Mientras truenan los cañones surge una moda triste, desprovista de fantasía y de gracia como engendradas por la angustia y señaladas por el signo de los tiempos. Pero nos trae un camino que será el que se siga por mucho tiempo después en el que estorbará todo rebuscamiento y se prepararán las gentes para vivir, tras de la dura prueba, una vida dinámica, deportiva, juvenil, directa y sobre todo rauda y vertiginosa. Surge el traje camisa y se derrota al corsé, los adornos y perifollos, los corchetes, la cabellera y la falda larga y otras cosas del *buen tiempo viejo*. Y es que las mujeres vinieron a encontrarse de pronto muy atareadas.

Faldas cortas y piernas al aire. ¿Quién recordaba ahora, puesto que las medias se convierten en un lujo, aquellas frases del chambelán de la reina Victoria de Inglaterra, cuando un fabricante de ellas le ofreció a la soberana doce docenas de pares: «Señor mío, una reina de Inglaterra



DELI WEXLER, EXACTRIZ VIENESA, CON VESTIDO AZUL GEVELIN DE CRESPON

no tiene piernas? En 1922 la moda sigue sus desaciertos, como la política de la «postguerra» y de la Sociedad de Naciones. Se llega al máximo cuando la falda corta coincidió con el talle bajo, el peinado a la *garçon* y los cascos o sombreroes que enfundaban la cabeza. Tiempos de Jenny,

EL ÚLTIMO MODELO DE PARÍS DEL ESPAÑOL 'BALENCIAGA

Renée y Chanel, como antes lo fueron de Doeuillet, Cheruit, Drecol y Worth. El conjunto no podía ser más grotesco y sólo duró unos años. La silueta va perdiendo esbeltez por el acortamiento de la falda, llegando hasta imponerse en los trajes de noche. Gracias a madame Jeanne Lanvin se remedió esta falda de gusto al crear modelos con faldas largas y de mucho vuelo inspiradas en los trajes de las reinas e infantas de Velázquez.

Desde esta fecha hasta 1939 no se encuentra en ese período una obra genial que nos muestre el progreso de las gentes. La radio y el «jazz» invaden los ámbitos del mundo. Ha fracasado el intento de un arte deshumanizado. Tan sólo el cine y el ballet han conseguido algo nuevo y bello. La esterilidad parece ser el tono del tiempo y junto a los clarinetes, claxons y pitidos, la moda va de bandazo en bandazo sin atenerse a normas fijas. Pero hay un momento en que en España se sabe vestir el traje más sencillo de la mujer, que es el de la enfermera, o el de una simple falda negra con blusa azul para hacer frente a las vicisitudes del momento. Es una sociedad con aspecto de campamento y cada cual viste como puede conservando la personalidad propia. El heroísmo y la defensa de la patria no necesitan modas, sino modos y éstos Dios los dió con holgura...

A partir de esta fecha y adentrados en la hecatombe de la última guerra, la moda ha pasado por distintas etapas de todos conocidas, de igual modo que ha pasado el pensamiento y la vida de todos los pueblos del mundo. Pero en el fondo, la moda es práctica y si Dios no lo remedia llegará a aquella visión de H. G. Wells, cuando escribía que «las mujeres del futuro, las del año 2055, llevarán encima los equivalentes del monedero, carnet de notas, estilográficas y el reloj de nuestros días; sin duda, un aparatito portátil de radio, una lámpara eléctrica, una pulsera con televisión». Pero con sistema proletario o con altura aristocrática siempre será moda, y habrá de aplicársele los versos de Rostand:

«*Oh tú! diosa a la vez trágica y fantasmista—que dictas, al azar de tu humor soberano;—El corazón no va a llevarse este verano...—pero se llevarán los trajes de batista...— Cambias... y a tu capricho sometes toda cosa.—Eres la única cosa, a nuestro alrededor,—más breve que la vida, más loca que el amor,—pues mueres cada noche y naces cada día...*»

ARACELI DE SILVA
(DUQUESA DE ALMAZÁN)

